



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE
A caballo en la moral.

FÉLIX RECIO
Por los tejados.

DAMIÁN BUENDÍA
Lo que son las cosas.

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA
Por el mundo del vicio.

JACINTO CARMÍN
Los servicios de mi doncella.

MIGUEL DE ZÁRRAGA
Los delatores.

FERNANDO AMADO
Realidad=desencanto.

TOVAR, DEMETRIO, ESTEVANILLO
y **ENRIQUE**

Caricaturas y retratos de la Manon;
Grupo del banquete en honor de Julio
Romero de Torres y otros dibujos.



MANON

Entre todas las artistas, la más bonita. Por su aspecto
se la confunde con una cándida burguesita provinciana;

pero... ¡sí, sí!

5 cénts.



SOY FEMINISTA, Á LO INGLÉS,

DE LA CABEZA Á LOS PIES

Las sufragistas inglesas (que, como sabéis, son esas «misses» tan impertinentes, arriscadas y valientes que, por más que «firtearon», «matrimoniar» no lograron ya por rígidas y tiesas, ya por rechonchas y obesas) en Londres se congregaron hace días y tomaron las decisiones siguientes:

Primera:—No conceder su amor á los pretendientes, como no sean fervientes y resueltos partidarios del voto de la mujer, á la que han de defender contra los parlamentarios que, por ser sus adversarios, no les quieren conceder tal derecho... Mas, á ser archi-multi-millonarios sus novios, ¡habrá que ver á las fieras sufragistas londinenses renegar de las soñadas conquistas de su sexo, y olvidar sus pruritos feministas!...

Segunda:—No frecuentar ningún establecimiento donde se expandan artículos de comer, beber y arder, ni de otra especie, á no ser que sus amos al momento digan que no son ridículos los planes de la mujer para su mejoramiento social... Y, en fin:—No leer un periódico, si toma

lo del sufragismo á broma... Y aquí te quiero yo ver, escopeta, porque yo desde luego no me opongo (ni mis lectores supongo que tampoco se opondrán) á tomar la cosa en serio, sin temor al qué dirán los de la acera de enfrente. Yo, fiel á mi ministerio de piadoso capellán de la diosa del placer, soy partidario ferviente del voto de la mujer; y no me debo oponer á nada, por consiguiente, que redunde en beneficio suyo, sin hacer traición á las leyes de un oficio que ejerzo con tanta unción.

Siempre á su disposición estubo, y está al presente, la alegre publicación en que yo hago el sacrificio de escribir semanalmente, por más que le llamen «guarra» los de la tienda de enfrente.

¿Negaros ella un servicio que le pidáis? Solamente de pensarlo, el corazón —lectoras—se me desgarró. Contad, por lo tanto, con la sempiterna adhesión de nosotros. Porque, en fin de cuentas y conclusión, ¿qué hace una señora sin siquiera LA HOJA DE PARRA?... Dicho sea con perdón, ¡el papel del... «pimpimpín»!...

Por mi parte, aunque me voy los sábados «de parranda», fui sufragista y lo soy y seré.

Carlos Miranda

Á CABALLO EN LA MORAL

AQUITO Fresneda hallábase abocado al lamentable cuanto desastroso fin de todo calavera que quiere pasar por impenitente. Es decir, que después de haberse burlado de los maridos, barlándolos razonablemente durante largo tiempo, veíase en el amargo trance de ingresar en la tan acreditada cofradía de San Marcos, magnífica é inagotable ganadería que cuenta con los más variados y curiosos ejemplares de la fauna humana,

¡Qué patética escena fué la de aquel día en que despidióse de su querida legítima para ir en busca de la esposa que le deparaban! Ella, velando por sus fueros, aunque sin cuidarse de otras veladuras, arrojóse sobre él, y agarrándose, suponemos que al pesquezo, le decía con sollozante y entrecortada voz:

—¡No! ¡No podré sufrir que me engañes con tu mujer!

Y como él adujese las necesarias razones para convencerla de que su partida era indispensable, la amante, sintiéndose ultrajada, decide:

—Si; vete. Máchate de una vez. Anda, só monstruo. Apártate de mi lado.

A lo cual tuvo él que contestar, al cabo de un rato, viendo que, á pesar de aquellas despedidas casi violentas, no podía desasirse:

—Bueno, mujer. Suéltame y me marcharé.

Con lo que, por fin, y no sin esfuerzo, consiguió libertarse de aquellas manos opresoras, saltar las escaleras de tres en tres y seguir su camino hacia la estación, en un coche, porque la efusividad de aquella despedida y las emociones consiguientes, habían mermado sus faerzas, hasta el punto de que le hubiera sido muy difícil caminar por su pie.

Cuando al otro día llegó á la vetusta y apacible población donde habitaba su noble tía doña Restituta del Alcázar, comenzó la anciana señora á hacer grandes aspavientos al verle tan pálido y ojeroso. Endilgóle de viva voz el sermón que por escrito le enviaba en todas sus cartas, y encareció una vez más la necesidad de su pronto matrimonio con la novia que le tenía deparada, honestísima muchacha, educada con el recogimiento, santo temor de Dios, y enemigo del mundo. Doncella, en fin, de tal condición y tales prendas, que á su lado podría recobrar el libertino, ambas saludes, la del cuerpo y la del

alma, con el sistema de una vida prudente y morigerada.

Alabóle una vez más las excelentes dotes y la dote, mucho más excelente todavía, con que adornábase la persona de la novia, Casildita O atanares. Era inocentísima, demasiado inocente tal vez, y la estrechísima vigilancia que su madre y su abuela ejercieron siempre sobre ella, no dejándola salir de su lado y teniéndola siempre encerrada en su



—Ya es la segunda vez que me ve tu sobrino en la calle, y no me saluda

—¡Pero mujer! ya sabes que le da corteidad... Como no sale de entre mis faldas desde que era pequeñín...

viejo caserón dentro de aquella ciudad tan lejana del mundo, hacían de la chica una especie de mirlo blanco, «rara, rarísima avis», en estos y en todos los tiempos.

Y cada vez que doña Restituta ponderaba las admirables cualidades de Casildita, daba fin á su perorata, diciendo:

—Es una muchacha que está á caballo en la moral.

El símil ecuestre hacía cierta gracia á Paco Fresneda, quien se imaginaba verdaderamente á su futura esposa ejerciendo de amazona sobre la moral, y tuvo frecuentes ocasiones de reirse, porque no era eólo doña

Restituta, la de la muletilla ginetesca, sino la madre y la abuela de la novia, quienes de continuo le repellan:

—Esta niña ha estado siempre á caballo en la moral.

Llegó al cabo el tiempo de la boda, y Paco, que no podía resignarse á vivir por más tiempo alejado de la corte, dispuso que en Madrid habrían de celebrarse las nupcias,



Ella.—¿Y no hay otro camino más corto para llegar antes?

El guardia.—No, hija, como no tomes por donde te he dicho, no llegas nunca.



inaugurando después de la ceremonia el hogar de los recién casados, con una comida que la misma flamante esposa dirigiría para empezar, desde luego, sus oficios de señora de la casa, y de cuya habilidad hacíanse lenguas de ella su madre, su abuela y doña Restituta.

Paco preparó la vivienda con toda suerte de comodidades, y como su futura no conocía Madrid, dióse él la comisión de todas las

compras necesarias, desde lo más grueso de mobiliario hasta los detalles de la vajilla del comedor, y los menores adminículos del tocador. Nada faltaba de cuanto era menester en una casa decora y bien atendida.

Y llegó el día de la boda, y llegó luego la comida, ocasión en la que el marido había de celebrar las buenas disposiciones de su mujer, al mismo tiempo que él había de lucirse con las hermosas piezas de porcelana, que constituían la vajilla que tuvo el buen gusto de adquirir.

Y salieron á pública admiración toda suerte de platos, fuentes, soperas, ensaladeras, fruteros, bateas de entremeses, transcurriendo el nupcial festín en medio del general contento, y continuados plácemes á la nueva ama de casa, que tan felizmente comenzaba su nuevo estado.

Pero al llegar á la aparición de cierto plato, que según parece era no se qué guiso de conejo, la mayor parte de los comensales hizo un gesto de admiración, y el novio estuvo á punto de soltar la carcajada. Efectivamente, la fuente en que venía servido el manjar, por disposición, naturalmente, de Casilda, ostentaba una forma extraña para el servicio de la mesa, adoptando la forma de una especie de ocho, y recordaba el caso de aquel notario que en el inventario del ajuar de cierta dama dijo respecto de uno que había en el cuarto de baño: — Mueble en forma de guitarra, y cuyo uso se desconoce.

También Casilda desconocía por lo visto el verdadero uso de la vasija de porcelana que se halla dentro de ese mueble á que el notario se refería. Gracias á que estaban en familia, pudo Fresneda reconvenir cariñosamente á su mujer, diciéndola que en aquella ocasión hacía dos malas aplicaciones, porque allí ni el conejo era adecuado al plato, ni el plato á propósito para el tal conejo.

Y recordando la frase de siempre con que se referían á Casilda, su madre, su abuela y doña Restituta, dijo también á todas ellas:

—Esta niña no debía haber estado á caballo solamente en la moral.

Pedro de Répide.

LEA USTED EL JUEVES

EN LA MANIGUA
por LUIS MOROTE

... Y no le pesará!

20 CÉNTIMOS

POR LOS TEJADOS

MIS amigos Manolo Soriano, Manolito Ortiz de Pinedo, Cerezo, Amaro Miranda y cuantos tienen á su cargo la custodia del Juzgado de guardia, excediéndose otra vez en discrepci6n, han dejado pasar sin comentarle un suceso que, si tú lo coges, admirado *Duende de la Colegiata*, hubiera sido de seguro el suceso de este verano...

Entre la plaza de Santa Cruz y la plaza Mayor, ó, como si dijésemos, en el reaño más íntimo de este Madrid donde nunca sucede nada, ocurrió la noche del martes pasado un lance de una vis cómica extraordinaria. Lugar de la acción: un piso cuarto, con dos ventanas á un tejado.

Personajes: ELLA: linda, rica, elegante... y casada (para que no le falte ninguna seducción). EL: un actor cómico que el invierno pasado aplaudidos en... un teatro no lej no de la Puerta del Sol. Al levantarse el tel6n, ELLA y ÉL est6n en traje sumarísimo y cultivan la lífrica mirando á las estrellas. Hay luz.

EL.—Te adoro.

ELLA.—Te idolatro.

—Sí; pero pertenes á otro.

—¿Qué importa? ¿Acaso mi cuerpo y mi espíritu y mis pensamientos todos, no son para tí?

—(La campana del venerable reloj de la Gobernación canta las doce.)

EL (*sentimental*).—La hora de la separación se acerca.

—ELLA.—No la recuerdes.

—¿Cómo?

—Hablemos de nosotros... del porvenir... de nuestro viaje á América...

—¡Local... ¿Y tu marido?

—¡Siempre igual!... Mi marido... ¡que se fastidíel...!

Y en estas divagaciones andaban, cuando, «múúú!» Digo, no: «pum, pum, pum!...» Resonaron en la puerta de la escalera tres aldabonazos formidables, y una de toro (la voz del esposo) que decía:

—¡Abrid, miserables; abrid ó echo la puerta abajo!



EL.—¡Este viento me desespera!

ELLA.—Ten paciencia, hombre, ya ves como yo me resigno.

EL.—¡Claro, como tú no das importancia á las piernas!

¡Pobrecitos amantes! La canción de sus caricias, sus planes de emancipación, su viaje á América; todo desapareció, apagándose en la noche del miedo como ficción de una linterna mágica: ELLA, apenas tuvo tiempo de ceñirse la falda y abrigarse los hombros con su capa de gasas y cacajes; él, gracias que pudo escapar. Y así, descalzos, según estaban, y sin más consejo ni otra voz que la del pánico, salieron al tejado y, caminando á gatas, fueron á introducirse en una

boardilla de la cara contigua. Afortunadamente, los inquilinos de aquel sotabanco (que son un padre con dos hijos, todos vigorosos mozos de cuerdas) no se hablan acostado. El actor fr é quien primero habló:

—Señores, no se asusten ustedes... Mi señora y yo venimos huyendo... quieren ro-



Ella.—¡Está muy caro el pescado este verano!

El.—Eso nadie lo sabrá mejor que la señora.

barnos... en este momento los ladrones están forzando la puerta de nuestro cuarto.

Ella, añadió:

—Denme ustedes la llave del zaguán... pediremos secorro...

Entre tanto, el esposo y dos individuos de la policía secreta penetraban en el «nido», y, comprendiendo que los «pájaros» hablan volado por la ventanilla, gatearon tras ellos.

¿Y qué sucedió luego?

Que mientras el actor y su coima llegaban á la calle sin más tropiezos, y bufan en un coche de alquiler hacia una casa del ba-

rio de Salamanca, los mozos de cuerda viendo aparecer al ofendido esposo con sus dos sabuesos, creyendo haberlas con los ladrones, les echaron el guante.

—¡Alto á la autoridad!—gritaban los de la secreta, levantando sus bastones.

Pero los otros no querían dejarte engañar.

—A donde van ustedes ahora—decían—es á la cárcel.

Y á coces y empellones dieron con todos en el suelo, amarrándoles codo con codo y dejándoles desarmados y fuera de combate.

—¡Ladrones!

—¡Pillosos!

Vociferaban los presos. La mañana se desenredó un momento después, en la calle, no bien acudieron los primeros guardias... quienes desentzaron el sainete dando con todos sus intérpretes en la delegación.

Mi enhorabuena cordial á la linda actriz y al simpático actor protagonista de la aventura... ¡y cuida con reincidir!

Acerca de esto la Prensa ha guardado reserva impenetrable, por tratarse de persona muy conocida. Nadie susurra aún la noticia de un divorcio probable, y es de suponer que, pasageramente al menos, todo quede así.

De ello sólo ha resultado el esposo con una «torta» que, hinchándole un carrillo, le impedirá salir á la calle durante quince ó veinte días.

«Puede el baile continuar!»

Felice Recto

LO QUE SON LAS COSAS

Precoz en el amar, quiso á Eloisa Luis á los quince abriles y ¡oh misterio! mientras él la adoraba tan en serio sus padres lo tomaban todo á risa.

Pasaron años y, como es corriente, al pensar en unirlo á su paloma, mientras ellos hablaban seriamente Luis lo tomaba á broma.

Damian Buendía.

LEA USTED EL JUEVES

EN LA MANIGUA

POR EL MUNDO DEL VICIO

EL ASESINATO DE CAROLINA OTERO POR UN MATADOR DE TOROS

SABIDO es que la más bella de las cortesanas extranjeras que triunfan en París—la Otero—vive en un suntuoso hotel del boulevard de Battignolles.

El buen pueblo francés sabe también que la hermosa mundana jamás ha sentido impresionado su corazón al choque

Carolina Otero, jamás.
Y este es un secreto. Hay algo misterioso, una fuerza oculta en los ojos de esa mujer, cuyos párpados jamás se entornaron con sinceridad, cuyas pestañas jamás velaron sus pupilas con pudor, como no fuese por el brillo incontrastable del sol.

Las multitudes tienen alma de mujer, de mala mujer, y rinden idolatría á los más orgullosos, más fieros ó más crueles.

Político existe á quien adoran las mujeres, porque físicamente les recuerda las imágenes del Sigrado Corazón, y á los hombres les subyuga por su apostura bravamente retadora.

A la Otero, belleza tal vez un poco antigua, puesto que empezó por apasionar á los caballeros del 69, se la considera digna de la inmortalidad por la frialdad de su corazón.

Cuando, por primera vez, la vi en el escenario de Folies Bergère, los hombres cambiaron de fisonomía, y en las mujeres noté temblores dignos de ser cantados en versos sáficos.

LAS LUCHAS DE LA CIUDAD LINEAL



¡Ella.—Pues á mí me sucede lo contrario, Cuando se pone en pie es que ya está vencido.

de los centenares de pasiones que sus ojos de infernal belleza han despertado en tantos hombres.

La crueldad de Carolina no tiene precedentes. Las cortesanas griegas y romanas, las bellezas de Bizancio, las profesionales del amor, actualmente en Montecarlo, en Niza y en toda la Rivière, han sentido alguna vez impresionados sus sentidos ante la simpatía, la bravura ó la gallardía de un adorador.



—¡Qué ganas tengo de que nos casemos para que no guises.

—¡Pero si no guiso!

—Pues tus deditos tienen un cierto tufillo á calamar..



El.—Estoy buscando un rincón fresco donde pasar agradable el verano.

Ella.—Pues véngase usted conmigo á mi casa en la traviesa de la Ballesta.

La Otero es una bailarina que no baila; se meneada nada más; pero eso le basta á su celebridad y á su fortuna.

La última aventura de la Otero la ha realizado á la limón con uno de esos matadores de toros que van á París dispuestos á matar el hambre, nada más.

Este desgraciado maleta se enamoró de la *Esfinge de Pontevedra* y dió en perseguirla como un perro rabioso.

¡Lo que el hombre corría detrás del auto de su compatriota, hasta Masigny ó «Chez Maxim»!

Su osadía llegó hasta el punto de atacar á la española horizontal en plena rue de la Paix, á la puerta de un modisto.

La Otero se indignó, y llamando á un guardia mandó detener al émulo de Curro Cúchares.

—Pardón, mosiú —le decía muy fino el maleta al poli —; múa ser un gran toroeador de la *pont de Vallecás*; múa estar enamorado de esa *gacht*.

En el violón, el comisario de policía se curó una retención de orina sólo con oír al enamorado novillero, que, al fin, fué puesto en libertad.

Y aquí entra lo trágico. Frasuelo, que

sólo posee una pieza de cinco francos, penetra en un restaurant económico.

—*Garson.* Dos bisteques.

—*Comment dit vous?*

—¡Eh! Nada de comandita. ¡Dos bisteques pa mi solol

—*Se ne comprend pan?*

—¡Que no has comprado pan, so ladrón, á la hora que es? ¡Arrea por dos ceneques!

Para abreviar. En el restaurant habla un obrero español que le sirvió de intérprete y pudo pedir de comer.

Al final fué ella. El maleta da sus cinco francos, que al caer sobre el mármol producen un sonido de plomo, que le ponen á Curro Cúchares los *bisteques* de punta.

A los gritos del camarero, que teme por su dinero, acuden los guardias, y uno de ellos, el mismo que le habla detenido á petición de la Otero, cuenta la aventura de la gentil horizontal.

La muchedumbre comenta las declaraciones del agente, que, poco á poco, se van transformando en la terrible relación del asesinato de la Carolina Otero por un toroeador español.

—¡Pobre *Cagolina*, muerta por un espada del puente de Vallecás!

Prudencio Iglesias Hermida



—No, si usted ne me importa. A quien yo temo es á mi marido.

LOS SERVICIOS DE MI DONCELLA



—¿ON Jacinto Carmín?]

—Servidor de usted. Tenga la bondad de pasar y explicarme...

—Muchas gracias... Paes verá usted. Me envía el carbonero de la esquina á quien usted ha encar-

gado doncella...

—¡Ah! ¿Usted es doncella?]

—Sí, señor.

—Vaya, vaya... ¿Y qué sabe usted hacer?

— Todo lo referente á mi oficio.

— Bueno, sí, ya me lo figuro. Lo que deseo es que me detalle usted sus... Vamossus cualidades doncelliles.

— Primeramente, le diré que soy honradísima.

— Todas las doncellas dicen lo mismo.

— Yo lo digo y lo soy. Sé planchar, coser, bordar, y, si el señor quiere, me comprometo á llevar las cuentas de la casa.

— Por ahora pienso seguir llevándolas personalmente...

— Si el señor desea tener informes puede dirigirse á la última casa en que he servido.

— ¿Era mucha familia?

— Una señora sola. Sall aburridísima.

— Lo creo.

Después de este diálogo y de algunas otras frases de poca monta que lo completaron y le dieron agradable fin, quedó admi-

tida é instalada mi nueva doncella, de lo que andaba bastante necesitado por ser yo hombre poco mañoso y muy amigo de tener siempre al alcance de la mano las cosas más insignificantes.

No debo ser tan hipócrita que trate de convencer á ustedes de que únicamente las prendas morales de Carmencita me invitaron á quedarme con ella. Hay en el alma humana algo que vibra con terrible fuerza

EL VERANEO DE LAS MODISTAS



— El de más acá, es Gómez Hidalgo.

— ¡Andi, pues me gustal Yo creí que era un sátiro de esos que pintan con las orejas en punta y rabo.

— Lo de las orejas en punta, ya se va que no ... pero espérate á que se levante.

á la vista de un seno robusto y de un talle gentil. Por esto precisamente me gustó más Carmencita hermosa que Carmencita hacendosa. Esto quiere decir que cada vez que pasaba por mi lado dedicábale profundos suspiros del género lírico-dramático; miradas llenas de ternura y actitudes melancólicas que para sí hubiera querido Rafael Calvo en los buenos tiempos del teatro romántico.

Además, me pasaba las noches de claro en claro soñando despierto en las innumerables delicias espirituales que el amor de Carmencita podría proporcionarme, y los días de turbio en turbio meditando acerca de lo triste que es enamorarse de una mujer honrada, doncella y muy bonita.

¡LADRONES!...



- Señorita, en el pasillo he visto dos hombres armados, ¿que hacemos?
— Pues si están armados, no hacer resistencia.

Eso sí, no vayan ustedes á figurarse que perdí la serenidad ni la corrección, ni que la honradísima joven tuvo el menor motivo para alarmarse, ni mucho menos, para defenderse. Hay en el alma humana... No sé á punto fijo lo que hay en el alma humana relativo á la conducta que se debe seguir cuando se vive en las inmediaciones de una doncella llena de encantos y de unos encantos llenos de doncellez; lo que sí puedo asegurar es que la belleza de Carmencita excitó mis más nobles y puros sentimientos

y que me enamoré de ella como el Dante de Beatriz, lo más platónicamente posible.

Sin embargo, á ratos se me iba el santo al cielo, ó sea el platonismo, y mi carne, sedienta é irrefrenable, empujábame á cualquier violencia; ¡quién sabe si á una victoria sin combate! Pero, de pronto, ignoro por qué, el platonismo volvía á ingresar y me contentaba con entrar en el cuarto de Carmen cuando estaba ausente, entregándome á la contemplación de algún par de medias olvidadas sobre una silla.

Mi hermosa doncella debió darse cuenta de lo que en mi espíritu ocurría, pues ya saben ustedes que ni el dinero ni el amor pueden estar ocultos durante mucho tiempo, y empezó á vestirse y á peinarse con mayor esmero que nunca, dirigiéndome de vez en cuando miradas agradecidas y á la par tentadoras.

Y, claro está, una vez tentáronme aquellas miradas y aquel agradecimiento y decidíme á no ser platónico, ó, por lo menos, á no diferir ni un día más la satisfacción de mis ansias.

Pero, ¿cómo abordar á una mujer que parecía inabordable?...

Agucé el ingenio todo lo que pude, leí á los clásicos, medité durante varias horas...

Nada, no se me ocurría nada, y harto á la postre de buscar medios ingeniosos, decidíme por el más vulgar de todos los conocidos: llamar á Carmencita á mi despacho y decirle que estaba enamorado de ella, como pudiera encargarle la compra de una camiseta de lana.

Y así lo hice. Carmencita me escuchó entre ruborosa y feliz, y cuando acabé, contestóme con las siguientes frases:

— ¡Por Dios, señorito! Todo eso no vale la pena de tanto discurso. Siempre me gustó ser razonable, y la verdad, su declaración me honra mucho... Casi la esperaba, porque yo... yo también estoy un poquito enamorada de usted... Esta noche... podemos vernos, y desde mañana, si usted quiere, llevaré las cuentas de la casa.

Accedí lleno de alegría, y Carmencita llevó las cuentas durante dos meses, al cabo de los cuales tuve que despedirla. En cuestiones aritméticas sumaba admirablemente, pero en las amorosas restaba sin piedad.

Jacinto Carmin.

LEA USTED EL JUEVES

EN LA MANIGUA

20 CÉNTIMOS

LOS DELATORES

Si, amigos míos; mi mujer y yo nos separamos. Ella lo quiso, y lo merezco. ¿Por qué? Apenas encontráis importancia en el motivo. Sus celos, los eternos celos, fueron causa primordial del rompimiento. Conque, escuchar; escuchar esta ligera anécdota que en el libro de mi vida se levanta humilde: desde ayer, como débil nubarrón en el cielo azul destacado. Escuchad...

II

Siempre fui empedernido jugador: mi juego preferible el de las damas. No sonríais...

Ayer salí por la tarde. Ya sabéis dónde.

Mi deber profesional me condujo al gabinete de Carmen. ¿Que quien es Carmen? Una de mis alumnas predilectas; alumnas, sí... porque supongo no habréis olvidado que sigo siendo profesor de idiomas, y que de las lenguas vivo.

Ellas, las lenguas, fueron el feliz recurso que me dió la conquista de Carmen...

Las lecciones son bien aprovechadas; corramos un velo.

III

Dejé, satisfecho, el gabinete de Carmen.

En el pasillo me encontré al papá que, bonachón como siempre, me tendía los brazos, cariñoso... cuando su ceño, repentinamente se frunció; y de sus labios, hechos para reír

EN HONOR DEL GRAN JULIO ROMERO DE TORRES



BANQUETE EN LOS JARDINES DEL RETIRO

Julio Romero de Torres (manco) entre la Sajo y la Manon; Pepita Sevilla hablando con Felipe Trigo y Gómez-Hidalgo; Paco Villaespesa, Joaquín Salvatella, Gil Asensio, Lezama, Manolo Merino, el doctor Ruiz Albéniz, Manolo Tovar, Enrique Romero de Torres, Alberto Insúa, Gómez de la Serna (con la pipa en la boca), Bejarano, Abecilla, Saulnier, Julio Antonio, Borbón, Corrochano, Luis de Tapia, Martínez Acacio, Gillis, Santander, Pinazo... y otros que no se ven.



— Aunque seas una mujer ligera, pesas una brutalidad.

tan sólo brotó la saquedad de imcomprensible saludo.

¿Por qué? Mi natural satisfacción, ingenuamente torpe, ni supo fingir ni creyó que pudiera pasar por sospechosa.

IV

Saludé á la mamá.

Feliz y sonriente me esperaba, y, como el padre, cambió brusquement de expresión, cual si mi proximidad pudiera llevar el contagio de temida epidemia.

¡Todos, antes bondadosos, volvíanse adustos!

Hasta la doncella, preciosa rubia, digna de ser morena y sevillana, que tantas veces escuchó agradecida mis naturales piropos, dió tremendo portazo al despedirme...!

V

Llegué á mi casa. Ajena á mis lecciones, me esperaba

Matilde como virgen desposada que espera.. al que espera.

— ¡Mi vial — murmuró amorosa.!

— ¡Mi amor! — contesté abriéndola mis brazos.

— ¡¡¡Zás!!!

— ¡¡¡Ay!!!

Dos, dos muy diferentes, fueron los chasquidos que en la alcoba resonaron, en vez del beso que tembló en la boca...

— ¡Vetel — gritó indignada, sin que yo pudiese comprender. — ¡Vetel

VI

Y temiendo otro ¡¡¡zás!!! llevéme el rostro la diestra... Del rostro á los ojos, que pugnaban por llorar arrepentidos... La nariz se dilató, y un ¡ah! de angustia se escapó de mis labios.

— ¡Todo lo comprendo!

— ¿Comprendes tu falta?

— ¡Comprendo el bofetón!

La mano llevada al rostro dolorido, ofreció á mi nariz el grato olor que en la piel dejaron perfumes y polvos... ajenos al tocador de mi mujer.

Precisamente por eso regañamos.

Miguel de Zárrega.

LEA USTED EL JUEVES

EN LA MANIGUA



— ¡Qué, buen hombre!... ¿Pican, pican?

— ¡De que buena gana le contestaría á usted lo que procede ¡guasón!

REALIDAD = DESENCANTO

ANTONIO leyó por vigésima vez la perfumada cartita que tenía en la mano.

«He sabido las señas de tu casa y iré á verte mañana á las cuatro. Sé discreto.— Anita.»

¡Anita! Vefala á los dieciocho años, con

Antonio acató la orden de no volver á franquear el umbral de la casa de su inocente amiga. Sin duda, Anita le despreció al pronto por esta obediencia pasiva. Tal vez ella esperaba que la violencia de su pasión se rebelaría contra las órdenes paternas.

Transcurrieron los meses y los años sin saber nada de Antonio, hasta que un día la dijo que se había casado.



Ella.— Sólo te permito que me bese la mano.

Él.— Bueno; pero á condición de que luego me la beses tú á mí.

sus grandes ojos negros, su boca sonriente y su aire candoroso y modesto, que no era sino el reflejo de un alma pura. Ambos soñaron la unión eterna de sus existencias en el ara del matrimonio, por creerlo base de su dicha. El proyecto abortó como muchos proyectos. ¿Porqué? Por cuestiones de dinero. Los papás desecharon sin discusión sus pretensiones, y desentendiéndose del pesar que iban á causarles, interrumpieron de golpe y porrazo sus relaciones. Como hijo sumiso,



Demetrio.

— Todos los hombres te llaman rica, ¿sabrán lo que tienes en el Monte?

— No, hija mía; pero puede que se lo figuren!

Al presente, Antonio se reprochaba haber dejado aquella adorable criatura, que indudablemente le hubiera hecho dichoso. Habían pasado quince años. Y se preguntaba qué cambios habría sufrido en tres lustros el



—¡Chico, que pesadilla he tenido esta noche. Mi marido nos sorprendió, emprendiéndola á tiros contigo y dejándote moribundo! pero al fin curaste y... fuimos muy felices.

—¡Pues mira; para otra vez no sueñes más que lo último!

fresco y precioso rostro de su antigua pasión.

La idea de que se hallaría dentro de poco en su presencia, le ¡gitaba dulcemente.

Llamaron. Como había tenido la precaución de quedarse solo, abrió él mismo. Sin pronunciar una palabra, Anita se arrojó á su cuello y se abrazaron largamente. Cuando

se desenlazaron, ella se quitó el sombrero con la misma desenvoltura que si estuviera en su casa. Antonio la hizo sentar á su lado. Ambos se miraban en silencio. Tenían muchas cosas que decirse, pero no sabían por dónde empezar.

Ella se aproximó más á él y le cogió cariñosamente una mano, mientras le miraba.

—¿Estudias mi fisonomía? ¿He envejecido mucho, verdad? —preguntó él.

—No, no mucho... Sólo encuentro un poco de cansancio en tu mirada... ¿Y yo?

—Has variado bastante. Continúas siempre hermosa; pero tus ojos tienen menos vivacidad y más aplomo tus modales...! Eres una mujer espléndida... ¡Eras tan delgadita, tan vaporosa!...

—Sí, he ensanchado bastante.

Y al decir esto, miró orgullosamente su pecho y sus caderas.

—¡Ah! ¡Si hubiéramos sabido!... ¿Eres dichosa al menos?

—Mi marido es hombre excelente...

—¿Es viejo?

—No, de tu edad. Guapo, elegante, amable...

—¿Le amas entonces?

—¿Estaría aquí si así fuera? Debo reconocer que hace cuanto puede por serme agradable; pero tú has continuado siendo siempre mi ideal, el hombre de mis sueños, la pasión no satisfecha...

Y movida por un deseo imperioso, irresistible, le rodeó el cuello con sus brazos. Él, desconcertado por esta brusca caricia, cedió, pero sin ardor; y después de haberse adorado como dos locos, luego de haber consagrado el uno al otro durante quince años un culto entusiasta, se poseyeron con frialdad, esforzándose mutuamente por ocultar su desilusión.

Ella creyó deber exclamar:

—¡Cuán dichosos habríamos sido, si nuestros parientes no nos hubieran impedido casarnos!

—Seguramente... Todo el mundo lo decía...

Anita estaba pensativa, mientras miraba á

hurtadillas á su amante. ¡Qué transformación! Una cosa le chocaba. Ella le había conocido amable, cuidadoso, solícito, delicado, y le hallaba descuidado, negligente, distraído y vulgar. Su conversación era aburrida, sin espíritu, sin fantasía. No pudo impedir compararle con su marido, que le pareció muy superior á Antonio en el aspecto y en el tono.

Antonio pensaba á su vez: ¡Qué desilusión! Pensaba rejuvenecerse en las confidencias, en los abandonos de aquella mujer que había conocido tan tímida y que enrojecía á la menor emoción con pureza y modestia encantadoras. Los rasgos de su fisonomía continuaban siendo bellos, pero veía claramente que estaban fatigados: ¡Y luego se había arrojado en sus brazos

con un furor tan bestial, que ocultó la visión maravillosa de su primer cariño. Todo le desagradaba en ella, hasta sus espléndidas formas, que consideraba cebo de la lujuria para atraer á cuantos pasaron por su lado. Sentía disgusto profundo al pensar que el hábito conyugal había destruido todo en ella; que sus caricias, todo, hasta el arte de ceder, lo había aprendido de otro... De otros... quizá... Pues no amando á su marido como aseguraba, y con una naturaleza como la suya, no era presumible que se hubiera detenido en las caricias del iniciador... Una náusea de menosprecio le subió á los labios. Cuando acabó ella de colocarse los guantes, la dijo por política:

—¿Te vas ya?

—Sí, sí... Tengo mucha prisa. Me espera Augusto.

—¿Quién es Augusto?

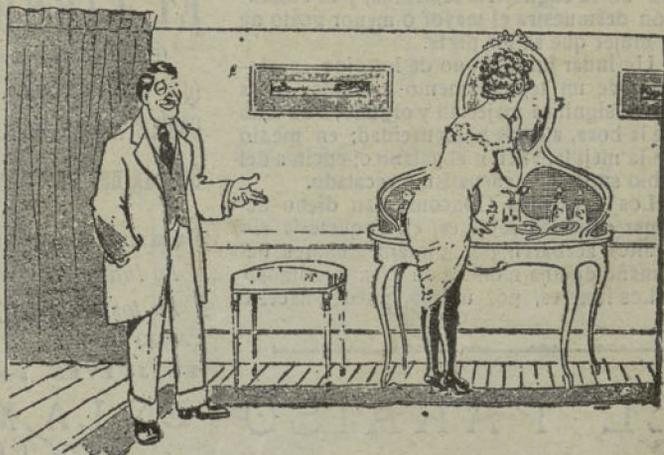
—Mi marido...

—¡Ah, es verdad! ¿Volverás?

—Sí... uno de estos días; en cuanto tenga un momento libre...

—Lo celebraré mucho.

Y cerrando apresuradamente la puerta



—¿Se puede fumar en tu casa?

—Y escupir también.

detrás de ella, añadió con acento de burla:

—Ves, ves á buscar á Augusto, hija mía. Ese te dará la felicidad.

Y ella decía mientras tanto en la escalera.

—Estas fresco, mi vida, si esperas que vuelva.

Fernando Amado.

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

EN LA MANIGUA

« COSA » SENSACIONAL, POR LUIS MOROTE

20 CÉNTIMOS

EL LUNAR

Es cosa que embellece a la mujer dándole un encanto picaresco y seductor. Tanto gusta de los lunares el bello sexo, que desde hace muchos años es costumbre pintarse lunares en el sitio que más gracia suponen que puede hacer.

Los lunares postizos son la última palabra de la coquetería femenina, y su colocación demuestra el mayor ó menor gusto de la mujer que se los pinta.

Un lunar junto á uno de los ojos es síntoma de un temperamento ardiente; en la frente significa majestad y orgullo; á un lado de la boca, alegría y locuacidad; en medio de la mejilla, afición al galanteo; encima del labio superior, sensualismo recatado.

Los hermanos Goncourt han dicho del lunar «que las mujeres, en coquetería sin límites, acabarán por pintarse lunares del tamaño de una moneda de diez céntimos.»

Los lunares, por último, pueden nacer ó

colocarse en los siguientes sitios, todos ellos á cual más tentadores: En el seno, en la garganta, en el ombligo, en el pie, en la espalda, en la cadera, en el vientre, en el brazo, en el muslo, en el hombro, en la pierna, en la mejilla, junto á la boca, en la barba y en la sien.

EL LIBRO POPULAR

(Editado por la Empresa de «La Hoja de Parra»)

QUE PUBLICA TODOS LOS JUEVES UNA NOVELA COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA, ILUSTRADA

32 páginas en papel conché: 20 céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Infanticida, POR JOAQUÍN DICENTA

En las Cavernas, POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

EL JUEVES PRÓXIMO

EN LA MANIGUA
por LUIS MOROTE

Seguirán durante el primer trimestre originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceño, Pedro de Répide, Juan Pérez Zúñiga, Alberto Insúa, Luis Morote, Eugenio Sellés, Antonio Cortón, Don Modesto, Eduardo Zamacois, Antonio Viérgol, Felipe Trigo, Colombine, Antonio Zozaya, Carlos Miranda y *El Duende de la Colegiata*.

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

EL PARAISO

Alcalá, 149.—Teléfono 2.414

DELICIOSO PARQUE DE REGREOS

Varietés.—Cinematógrafo.

Banda militar.—Patines.

Law-tennis.—Cable aéreo.

Trinquete Americano.—Tiro

al blanco.—Etcétera.

El sitio más agradable de Madrid

Tarde, á las siete.—Noche, á las nueve y media.

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Elaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.